

Michael Flitner

Una caja de cerveza por un metro cuadrado de selva tropical.

Observaciones sobre una querencia muy especial de los alemanes.

¡Salvad la selva tropical! ¡Bebed más cerveza! Con esa doble llamada, una marca de cerveza consiguió en Alemania –según los datos aportados por ella misma– “la campaña publicitaria de mayor éxito de su historia”: el popular presentador de televisión Günther Jauch prometió que con cada caja de cerveza que se vendiera de esta marca se protegía un metro cuadrado de selva tropical.

En vano se opusieron organizaciones de protección de consumidores contra esa dudosa promesa de salvación, pasando por diversas instancias judiciales. ¿Fue en último término la sencilla sobriedad del Tribunal Supremo lo que permitió esa publicidad? ¿O sencillamente la fantasía era demasiado bella, y demasiado fuerte la imagen en la que se unían la pureza garantizada de la cerveza alemana con la frágil virginidad de un paisaje exótico? Y, en último término: ¿se hubieran esforzado los protectores de consumidores de la misma manera si la marca de cerveza hubiera prometido la protección de ecosistemas autóctonos?

El bosque alemán y su antítesis

A los alemanes se les atribuye desde hace tiempo un amor especial no sólo a la cerveza, sino también a la naturaleza. Sobre todo al legendario “bosque alemán” se le han dedicado muchas canciones y se ha hablado mucho de él. Este bosque alemán es más un elemento histórico que geográfico, una “calidad de sentimiento”, como lo denomina el experto en Ciencias de la cultura Hermann Bausinger.

En las imágenes difundidas se recogen tanto la estrechez y el amor por el orden como una relación romántica con la naturaleza y una conciencia ecológica: un programa que contrasta con la fría modernidad, que ya sólo sutilmente recuerda los horrores de la selva.

Quien comienza a reflexionar sobre lo que significa ese programa histórico pronto se topa con la sublimación ideológica del bosque como sede del “carácter nacional” alemán, que llegó a su cima en el fascismo nacionalsocialista. Elias Canetti escribió al respecto las siguientes líneas: “El símbolo de masas de los alemanes era el ejército; pero el ejército era más que un ejército: era el bosque desfilando. En ningún otro país moderno del mundo se ha mantenido, como en Alemania, tan vivo el sentimiento del bosque. Lo rígido y paralelo de los árboles en pie, su densidad y su número llena el corazón del alemán con una alegría profunda y misteriosa” (1960).

Lo que para los ingleses es el mar y para los franceses la revolución es para los alemanes un grupo de “muchos árboles de la misma especie juntos”, cuya igual corteza se convierte, en el espíritu, en los “uniformes de una sección del ejército”. Al margen de la cuestión de qué conocimiento han de abrir tan amplias geografías de la mentalidad, merece la pena seguir a Canetti un poco más, pues continúa diseñando inmediata-

mente una imagen opuesta a ese bosque militar de los alemanes, que hasta ahora se ha tenido poco en cuenta: “[La] limpieza y distinción [de los árboles], así como el subrayar las verticales diferencian este bosque del tropical, donde crecen lianas en todas direcciones, todas mezcladas. En el bosque tropical, el ojo se pierde en la cercanía; se trata de una masa caótica e indiferenciada, animada del modo más variado, que excluye todo sentimiento de regla y de repetición simétrica”.

El bosque tropical es, por tanto, expresamente la antítesis del bosque alemán: caos en lugar de firmeza, una mezcolanza de muchos colores en lugar de un verde uniforme, biodiversidad en lugar de monocultura. Y con ese punto de vista, Canetti seguro que no se encuentra solo: intuitivamente, el bosque tropical es lo contrario, el “otro bosque” con respecto a la ordenada foresta alemana. Por tanto, un “bosque tropical alemán” parece una contradicción en sí; en el mejor de los casos podría considerarse un relicto colonial.

Sin embargo, hay muchos síntomas de que esa antítesis ya no puede funcionar del mismo modo que en la década de 1940, a la que se refería Canetti con sus pensamientos. Por un lado, el bosque soldadosco que celebraron los nazis ya no se corresponde con el sentir estético de la mayoría de las personas de nuestro país; y tampoco responde al ideal de una economía forestal moderna. Por otro lado, el bosque tropical es hoy en día, en Alemania, meta de al menos el mismo interés, y no sólo por parte de algunos profetas ecológicos, sino de amplias capas de la población y de sus representantes políticos. En ningún otro país se gastan, per cápita, tantos impuestos y se hacen tantos donativos para el bosque tropical y su escenificación pura como en Alemania. Además, no sólo se gasta dinero: activistas en favor del bosque tropical hablan en las escuelas y salas municipales de todo el país de los dayak y los yanomami; libros infantiles y novelas juveniles se dedican a informar sobre el tema; las iglesias se lamentan de la “explotación del bosque tropical” al unísono con los sindicatos. El bosque tropical, así parece, se ha convertido en Alemania casi en una institución de derecho público; al parecer desperta un interés no inferior al que se profesa por los bosques nacionales.

Desbordantes mundos de la imaginación

Hoy en día, el bosque tropical se encuentra aproximadamente allí donde se alzaba el bosque alemán en la época de los hermanos Grimm: las imágenes y los mitos que existen en torno a él están muy desarrollados; pero en el ámbito cultural de lengua alemana, hasta ahora son más bien recogidos y amplificados que observados críticamente. Sin embargo, el bosque tropical invita a reflexionar sobre imágenes de la naturaleza y prácticas de representación. Hoy en día desempeña un importante papel en los más diferentes campos y géneros cultura-

les: en la literatura, en el cine, en los cómics, en la publicidad, en los libros escolares y en los programas políticos. En los mundos imaginarios que se relacionan con ese complejo del bosque se desenvuelven escenarios del bien y del mal, de pureza y contaminación, imágenes de un tiempo primigenio y de un presente virtual. Esto puede decirse no sólo, pero también, de Alemania. La amplitud de esos mundos imaginarios se extiende desde la imagen de un indígena del bosque tropical que hace publicidad de lociones corporales naturales en las estaciones de ferrocarril alemanas hasta la campaña de una gran organización de protección medioambiental que anima a recolectar 5.000 “poesías infantiles para proteger al tigre de Sumatra”; desde las ya mencionadas cajas de cerveza hasta el rumor, que durante décadas se podía oír una y otra vez, de que los cabecillas nazis desaparecidos vivían ocultos en las profundidades del bosque tropical.

¿Es que, en estos desbordantes mundos de la imaginación, no existen líneas claras, códigos culturales y tradiciones narrativas que puedan explicarse? ¿O es el bosque tropical sencillamente una entidad en la que se puede introducir todo, a discreción? En forma de polo opuesto a todo lo moderno y estructurado, la naturaleza tropical parece ser en cualquier caso apta para simbolizar cosas muy diferentes y también para responder a definiciones contradictorias. Al parecer hay “bosques de símbolos” (Charles Baudelaire), que pueden introducirse incluso en la publicidad de cerveza. Mezclas explosivas pueden surgir sobre todo cuando esos símbolos se combinan con la fe en una buena acción, que se cree firmemente arraizada en condiciones naturales. Hablar del bosque tropical “auténtico” suele significar, por regla general: querer salvarlo. Ya sea como pulmón verde, como reserva de especies del futuro, como base para cremas cutáneas o como valor en sí. Y contra quien sea: contra McDonald's, contra el Gobierno brasileño, contra el Banco Mundial, la bomba del crecimiento demográfico, el cambio climático, los blancos, los rojos... ¿los alemanes?

El amor a una naturaleza alejada

Cuando se trata de los trópicos chocan, pues, unos con otros mundos imaginarios cargados de símbolos y transidos de moral. Si se intenta explicar cómo se llega a que, en un momento dado, muchas personas en Alemania empleen una parte de sus ingresos o de su energía para “salvar” una entidad muy lejana, biogeográficamente delimitada, que la mayoría no conoce por sí misma, caben dos posibilidades: La primera es que en los debates sociales en general y en los debates sobre política medioambiental en particular, con su intensivo seguimiento en los medios, sólo causan efecto determinadas imágenes y narraciones y que, a su vez, su fuerza para imponerse depende en gran medida de la gama y del enraizamiento de las imágenes que ya existen y de las ideas que se comparten colectivamente.

En este aspecto, en Alemania sería posible remontarse hasta el legendario viaje de Alexander von Humboldt a Latinoamérica, que despertó un increíble eco público y que tuvo ocupados a los salones europeos desde París hasta Weimar durante decenios. Humboldt influyó directa e indirectamente también sobre la pintura paisajista del siglo XIX con el fomento de determinados pintores y con consejos y encargos concretos. Con los nuevos “medios” que representaban el invernadero, la fotografía y el papel pintado con imágenes, las representaciones tropicales se reprodujeron y trivializaron de un modo hasta entonces desconocido; sin duda, siguen constituyendo el fondo para las imágenes actuales.

La segunda suposición, siguiendo los pensamientos de Canetti, postula que los alemanes encontraron en el bosque tropical de la segunda mitad del siglo XX un lugar muy agradable para un quasi internacionalismo premoderno, un lugar lejano para el amor inocente a la criatura, un “espacio sin pueblo” posiblemente, que en sentido político no era ni Este ni Oeste, y casi sin empañamiento colonial y bélico. Personalidades populares ejemplares como el teólogo Albert Schweitzer o el filmador de animales y estrella de la TV Bernhard Grzimek procedían de ese “espacio libre de cargas” y llevaron su mensaje a las salas de estar alemanas de las décadas de 1950 y 1960; actualizaron lo que en parte se había comenzado con las narraciones de Humboldt. No resulta difícil seguir las ideas y los motivos de Schweitzer y Grzimek hasta el movimiento ecológico de décadas posteriores.

Seguir esas pisadas no significa, por supuesto, afirmar continuidades sencillas o descubrir conspiraciones neocoloniales. Antes bien, en las transformaciones catalizadas por esos pensadores y movimientos se puede ver un gran logro, que, de la veneración de un bosque alemán, militarmente disciplinado, en último término hizo nacer el amor a una naturaleza alejada, o que al menos es la causa de las donaciones para un bosque ecológico frágil.

■

Traducción del alemán: José García



Bosque alemán
Foto: Möbus Dieter /chromorange
© picture-alliance



Thomas Struth
“Paradies 32”
Perú, 2005
C-Print, 136 x 163 cm
© Goethe Institut

Esta fotografía de Thomas Struth (1954), que vive y trabaja en Düsseldorf, se exhibe en la exposición “Los trópicos”. El curador, Alfons Hug, explica la intención de la muestra en su artículo de las páginas 61-63.